

CAPÍTULO II

Sólo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. El sacrificio de su Hijo fué una condición necesaria para esta adopción. Dios consintió en él, y de este modo se hizo rigurosamente nuestro Padre. María se conformó á los mismos sentimientos por la salvación del mundo, y de este modo se hizo rigurosamente nuestra Madre.

Es necesario explicar el modo con que el amor de Dios nos hizo sus hijos adoptivos. Porque si la manera inefable con que Dios, sin el auxilio de una madre, engendra de su propia substancia su Hijo único, es el modelo y el tipo según el que María, sin el auxilio de un Padre, engendra este mismo Hijo de su propia substancia; el amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios, es y debe ser igualmente el modelo del amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de María.

Dios Padre tiene desde la eternidad un Hijo igual á El, que satisface toda la actividad de su amor, así como absorbe toda su substancia, que el Padre le comunica enteramente. Mas no satisface su misericordia, porque siendo el Verbo eterno santo con la santidad misma de su Padre, perfecto con todas sus perfecciones, y Dios con su misma divinidad, no puede ser un objeto de indulgencia, de compasión ni de misericordia. Estos atributos divinos no se pueden manifestar sino sobre seres

imperfectos, inferiores, débiles y enfermos, que nada tienen, que nada merecen, y á los que nada puede dar Dios, ni aun acordarse siquiera de ellos, sin hacer brillar, como dice San Bernardo, todo el esplendor de su bondad y de su misericordia (1). Esta es la razón por qué, además del Hijo que engendró de su substancia, quiso también Dios crear hijos en las entrañas de su misericordia y en la inmensidad de su caridad.

Mas estos hijos de adopción que El quiso hacer nacer de la fecundidad de su amor, y que dió por hermanos á su Hijo primogénito, engendrado por la fecundidad de su naturaleza; estos hijos han podido perderse por sí solos, mas no pueden salvarse solos; ellos han podido venderse á sí mismos, pero no pueden rescatarse (2). Ellos son esclavos, y es necesario rescatarlos; ellos son enemigos, y es necesario reconciliarlos; ellos son culpables, y es necesario perdonarlos; ellos están corrompidos, y es necesario santificarlos; ellos, en fin, están muertos, y es necesario volverlos á la vida. Pero se necesita un sacrificio para esto, se necesita una satisfacción, una expiación; esta satisfacción debe ser humana en su ejecución, porque, como dice San Agustín, debe ser ofrecida por el hombre y para el hombre; pero debe ser divina por su valor, por su mérito y por

(1) Ubi non est miseria, misericordia non habet locum. (S. Bernardus.)

(2) Vendere se potuerunt, sed redimere se non potuerunt. (S. Aug.)

su excelencia, porque se trata de hacerla agradable á Dios y digna de El (1). Para esto es necesario que el mismo Hijo de Dios se una al hombre, que se vista de su naturaleza, que sea lo que nosotros somos, sin dejar por eso de ser lo que es; que sea Dios y Hombre, á fin de que pueda sufrir como Hombre y por el hombre, como verdadero Hijo del hombre, y elevar al mismo tiempo, en su cualidad de Hijo de Dios, el mérito de los sufrimientos del hombre, hasta hacerlos satisfactorios ante la Majestad divina.

¡Oh Padre eterno, Padre justo, Padre santo! ¿Consentiréis Vos en esta condición que el hombre, no sólo no hubiera esperado, sino ni aun siquiera hubiera creído posible? ¿Abandonaréis á las ignominias, á los tormentos y á la muerte ese Hijo único, objeto de vuestras delicias y de vuestra ternura, esa imagen de vuestras perfecciones, y esto para rescatar á esos hombres que por el pecado se hicieron vuestros enemigos y el objeto de vuestro odio? ¿Consentiréis en entregar vuestro propio Hijo para hacer de El el rescate de vuestros hijos adoptivos? El puso á su propio Hijo, dice San Pablo, en paralelo con nosotros, y para salvarnos á todos, no lo perdonó, sino que lo ofreció y lo dió voluntariamente (2). Ese Hijo divino, nos dice El mismo en el Evangelio, que el Dios omnipotente, Criador de

(1) Peccatum Adæ tantum fuit, ut illum non deberet solvere nisi homo, sed non posset nisi Deus. (*S. Aug.*)

(2) Proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.*, VIII, 32.)

todo, que de nada necesita, cuya perfección, cuya gloria y cuya felicidad nadie puede aumentar, fué llevado á un exceso tal de conmiseración y de bondad, y que este arrebató de amor fué tan generoso, tan tierno y tan vehemente para un mundo manchado y corrompido, para un mundo digno de todo el furor de su indignación y de toda la severidad de sus castigos eternos (1), que sin otro mérito de nuestra parte que nuestra profunda malicia, sin otro motivo que el tesoro y el fondo inagotable de su bondad, nos dió, no un hombre á quien amaba, no tampoco un ángel de los que rodean su trono, sino el Hijo que engendró en su seno, su mismo Hijo único. Y nos le dió, no para reinar, sino para morir; no para el triunfo, sino para la cruz (2). El nos le dió, prosigue San Pablo, á fin de que nosotros, pobres criaturas, pasásemos del oprobio á la gloria, de la muerte á la vida, de la servidumbre á la libertad, y del abandono á la adopción, y para que, de enemigos que éramos, nos hiciésemos verdaderos hijos (3).

Algunas veces sucede en el mundo que un hombre lleno de compasión y de amor por un niño pobre, abandonado y desgraciado, lo recibe en su casa, lo admite á los derechos de hijo, y de este modo se hace su padre adoptivo. Del mismo modo el Dios Padre se com-

(1) Sic Deus dilexit mundum. (*Joan.*, III, 16.)

(2) Ut Filium suum unigenitum daret. (*Ibid.*)

(3) Misit Deus Filium suum... ut eos qui sub lege erant redimeret; ut adoptionem filiorum reciperemus. (*Galat.*, IV, 4, 5.)

padeció del estado de abyección, de miseria y abandono en que habíamos caído, y nos hizo participantes de los derechos y de los privilegios comunicables de su Hijo. El nos adoptó verdaderamente, y nosotros nos hicimos, no sólo de derecho, sino también de hecho, sus verdaderos hijos, y El se hizo nuestro verdadero Padre (1).

Mas lo que hace inefable y sorprendente su bondad y su misericordia para con nosotros es, que si sucede alguna vez que un hombre generoso y caritativo adopte á un desgraciado, no sucede jamás que adopte á un enemigo; y que si se ve alguna vez á un extraño participar de los derechos de hijo, jamás se ve á este extraño sustituyendo á un hijo legítimo. Mucho menos sucede ver al hijo legítimo humillarse y sacrificarse por el hijo adoptivo. Mas la bondad divina traspasó todos los límites con respecto á nosotros, como dice San Pablo, pues que nos adoptó cuando éramos para ella objetos de enemistad y de odio; ella nos sustituyó á su propio Hijo, y quiso que su muerte sirviese de remedio á nuestros males y fuese el título mismo de nuestra adopción (2).

¡Oh caridad superabundante, exclama San Bernardo; caridad que excede todos los límites y toda medida! Por salvar al esclavo, no perdonó Dios Padre á su

(1) Ut Filii Dei nominemur et simus. (*Joan.*, III, 1.)

(2) Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam, dum adhuc peccatores essemus... Christum pro nobis mortuus est. (*Rom.*, v, 8, 9.)

propio Hijo, y este Hijo tampoco se perdonó á sí mismo (1).

¡Oh grande, oh sublime é incomprensible misterio! El espíritu humano se siente abrumado por la grandeza de tanta bondad, por el exceso de un amor tan tierno. Las expresiones faltan, porque las ideas desaparecen, y el pensamiento se detiene abatido y confuso como en un éxtasis de tiernos sentimientos y de profundo estupor.

Mas este prodigio del cielo se renovó también en la tierra, y desde el seno de Dios se repitió en el corazón de María.

Escribiendo San Agustín sobre el pasaje del Evangelio donde Jesucristo dice: «El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, esa es mi madre», afirma que María fué más bienaventurada por haber practicado esta grande lección de Jesucristo que por haberle concebido según la carne, y que su consanguinidad y su título de Madre de Jesucristo de nada le hubieran servido si no le hubiera llevado en su corazón mucho mejor aún que en su carne (2).

Mas supuesto que la santidad inefable de esta sublime criatura, que la perfección de su alma y el prodi-

(1) Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos, ut servum redimeret, nec Pater Filio, nec sibi Filius ipse pepercit. (*S. Bernard.*)

(2) Beatior Maria percipiendo fidem Christi, quam concipiendo carnem Christi. Et materna propinquitatis nihil Mariæ profuisset, nisi felicius Christum corde quam carne gestasset. (*S. Aug.*, *De Sanct. Virginit.*, 3.)

gio de su virtud consistieron principalmente en la conformidad entera, absoluta y perfecta de su voluntad, de sus deseos y de sus sentimientos con los sentimientos, los deseos y la voluntad de Dios, es indudable, dice San Buenaventura, que María dividió con Dios mismo estos prodigios de generosidad y de misericordia para con los hombres, y que al consentir en esta obra sublime de la bondad divina, y al conformarse al acto generoso por el que Dios nos dió su Hijo único, se ofreció Ella misma y se dió con este mismo Hijo para ser la víctima y el precio de nuestra salvación. Ella lo cede, lo da y lo ofrece para este fin misericordioso, con una generosidad, una prontitud y un amor tal, que nada puede imaginarse de más perfecto ni de más grande, á no ser el amor, la prontitud y la generosidad de Dios, que le sirve de motivo y de ejemplo. Del mismo modo que Dios Padre, tenía María por Hijo á Jesucristo; Ella debía, pues, participar de su caridad para con los hombres, y la conformidad entre el Padre celestial y la Madre terrena debía, en lo posible, ser en todo y por todo entera y perfecta (1).

Ved aquí por qué, prosigue el Santo Doctor, después del amor del Padre celestial, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con

(1) Nullo modo dubitandum es quia Mariæ animus voluerit etiam Filium tradere, propter salutem generis humani, ut Mater per omnia conformis fieret Patri et Filio. (*S. Bonavent.*)

nosotros. Su alma santísima fué penetrada é inundada de ellas, según su capacidad, y su corazón fué abrasado por los ardores de este fuego celestial. La obra de nuestra salvación se le hizo más amada que la vida preciosa de su propio Hijo. Imitadora del Padre celestial, no solamente consintió, sino que deseó plenamente, y eficazmente quiso que la santidad y la inocencia misma de su Hijo cargase con nuestros pecados para hacernos participantes de su justicia: que sufriese las penas y los castigos que habíamos merecido para que nos comunicase sus derechos y sus privilegios; que fuese tratado como un criminal, á fin de que fuésemos perdonados como inocentes; que muriese con una muerte afrentosa y cruel, para que nos hiciese nacer á la gloria y á la felicidad; que fuese puesto en nuestro lugar, para que nos hiciese entrar en posesión del suyo; que sufriese todo el peso de la cólera divina, para que nos hiciese experimentar todos los efectos de la divina misericordia. Ese divino Hijo le era más amado que su existencia propia; y, sin embargo, nosotros le fuimos más amados que su Hijo santísimo, supuesto que ella lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros (1).

Por consiguiente, todo cuanto hemos dicho respecto al don que el Padre eterno nos hizo de su propio Hijo, puede decirse también proporcionalmente de María.

(1) Nulla post ea creatura ita per amorem nostrum exardescet, quæ Filium suum, quem multo plus se amavit, pro nobis dedit, et pro nobis obtulit. (*S. Bernard., l.*)

En efecto, el Santo Doctor que acabamos de citar, no tiene dificultad alguna en aplicar á María las tiernas y sublimes palabras con que Jesucristo, y después de El su Apóstol San Pablo, nos manifestaron el prodigio del amor de Dios en la donación que nos hizo de su Hijo único; porque, después de las palabras que hemos citado, añade que puede decirse también de María: Tal fué la vehemencia de su amor y la ternura de su cariño para el mundo, que dió á su Hijo único por salvarlo (1); y que puede decirse igualmente de María que, debiendo elegir entre la muerte ignominiosa de su Hijo y nuestra salvación, no vaciló un momento; que no perdonó á su propio Hijo para adquirir Hijos extraños; que lo dió espontáneamente para curarnos y salvarnos (2).

¿Por qué admirarse? dice San Bernardo. Si el seno de María es parecido al seno de Dios en la generación, su corazón es parecido también en el amor al corazón de Dios. Ella engendró en el tiempo á su Hijo único con una fecundidad semejante á aquella por la que Dios lo engendró desde la eternidad, y como El lo dió, con el mismo sentimiento de desinterés y con el mismo amor. La donación que Dios nos hizo de El es el efecto de una caridad que excede la imaginación y que no podría ser mayor, y la donación de María es

(1) Sic Maria dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*S. Bonav.*)

(2) Proprio Filio suo non pepercit, se pro nobis omnibus tradidit illum. (*Ibid.*)

igualmente el efecto de una caridad que la imaginación no puede alcanzar, y que no cede más que á la de Dios (1).

De todo esto se deduce naturalmente la consecuencia siguiente: así como Dios Padre, al darnos el Hijo que engendró de su propia substancia, se hizo, según todo el rigor de los términos, nuestro Padre; así también María, habiéndonos dado ese mismo Hijo que Ella engendró de su propia sangre, se hizo también, en todo el rigor de la palabra, nuestra Madre. Nosotros somos hijos del uno y del otro, por efecto de una justicia rigurosa, fundada en el prodigio de una infinita misericordia; porque los dos nos adquirieron por un acto de la más sublime generosidad, por el cambio de lo más amado y más precioso que tenían: por el cambio de su propio Hijo.

María es, pues, nuestra Madre, bajo este aspecto, por el mismo título y por las mismas razones porque Dios es nuestro Padre. Nuestra filiación con respecto á María es tan sagrada, tan auténtica y tan legal como nuestra filiación con respecto á Dios. El precio es el mismo: la donación y la muerte de su Hijo común. El fin es el mismo: nuestra salvación. El principio es el mismo: la compasión, la misericordia y el amor. Nosotros, por consiguiente, podemos decir, con San Buenaventura, lo que San Juan dijo de Dios: Ved con

(1) Fecit illud charitas qua majorem nemo habuit; fecit et hoc charitas, cui post illam altera similis non fiat. (*S. Bernardus.*)

cuánto amor nos amó María; Ella quiso, no sólo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios de hijos (1).

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Maria, ut filii ejus nominemur et simus. (*S. Bonav.*)

CAPÍTULO III

La ofrenda que María hace de su Hijo debe ser considerada en todas sus circunstancias particulares del tiempo y del lugar. Principiada esta ofrenda en secreto en el momento de la Encarnación, se manifiesta en público el día de la Purificación. Profecía de Simeón, y generosidad de la aceptación de María. Desde este momento comienza á ser nuestra Madre.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donación generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, cómo lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al menos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopción por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo también de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condición, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario, pero ya habían pasado treinta y tres años desde el día en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependía la salvación del mundo; en el momento en que la Virgen pronun-